

Capítulo 35 - Comienza el Torneo - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- [Capítulo 35 - Comienza el Torneo - La Balada de un Dragón Semibenévolo](#)

Capítulo 35 - Comienza el Torneo - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Enarion disfrutaba de un día plenamente favorable. De hecho, podía afirmar con certeza que era uno de los mejores días que había tenido. Desde que tomó el control del reino tras la retirada de su hermano, relacionada con los asuntos del dragón, se había esforzado por remediar los daños económicos que aquél había ocasionado y por restablecer las relaciones con los países vecinos. No pensaba arrastrarse ni nada por el estilo, pero sí consideraba fundamental dejar en claro a todos que no tenía intención de seguir los ambiciosos pasos de su hermano. Un rey comerciante podía ser un buen vecino, pero otro muy distinto era un monarca guerrero con ansias de conquista. Naturalmente, su reinado no había estado exento de oposición. Sin embargo, el respaldo de Doomwing le había proporcionado el respaldo necesario, la varita proverbial que le facilitaba comenzar. Obeecerme o el enorme dragón volverá y asesinará a todos fue un argumento persuasivo de primera. Los miembros restantes de la guardia real habían jurado su lealtad, pero él se había asegurado de sumar a muchos de sus propios partidarios y fieles a sus filas. Claro está, la mayoría de la guardia no era verdaderamente leal a su hermano; solo estaban motivados por el dinero y la influencia que podían ofrecerles. Desde que Enarion implementó sus reformas y aceptó las gestiones con otros reinos, se encargó de que los beneficios económicos beneficiaran a todos, dejando en claro que el oro extra en sus bolsillos era esfuerzo suyo. Decir que lo amaban sería exagerado, pero sí que amaban el oro. Mientras las finanzas del reino siguieran mejorando y sus salarios impresionaran, obedecerían. Eventualmente, todos los viejos guardias se retirarían, dejando solo a sus verdaderos leales. Quizá entonces podría dejar de vigilar tanto sus espaldas. Sin embargo, la inminente celebración era una ocasión de suma importancia. Su hermano la utilizó para descubrir talentos prometedores y así poder reclutarlos. Enarion planeaba hacer algo parecido, aunque con un motivo ulterior. Gracias a su red de espionaje y a la ayuda de Doomwing, se había enterado de varias conspiraciones para asesinarlo a él y a su familia. Pocas de esas tramas tenían la capacidad real de dañarlo, pero el torneo sería la oportunidad perfecta para que intentaran acabar con su sobrina. Lo cual, en realidad, le convenía. Si algunas de las informaciones de Doomwing respecto a los avances en Antaria eran ciertas, su sobrina sería la forma perfecta de hacerles frente a esos asesinos potenciales. Que sus enemigos contraten a sus mejores asesinos e inscriban a esos en el torneo. Tales individuos estaban entrenados de por vida, producto de las mejores organizaciones que invertían ingentes recursos en perfeccionar los instrumentos de la muerte. Y si, en paralelo, muriesen horrible y lamentablemente en su intento de matar a su sobrina, pues que así fuera. Mientras tanto, ellos buscarían entrenar sucesores, y él tendría la oportunidad de contraatacar. La idea de que resolverlo con tanta contundencia le daría a Antaria la fama que necesitaba era aún mejor. Porque si Antaria quería reclutar gente, debía ser conocida, no

solo como princesa sino también como guerrera. El pueblo del reino tenía una actitud bastante marcial. Un rey no tiene que ser el más fuerte, pero no podía ser débil. Una princesa capaz de aplastar a cualquiera que se interpusiera en su camino sería una líder admirada por quienes desearan unirse a su causa. Y había muchos posibles candidatos. Dentro de la nobleza, era costumbre tener al menos cuatro hijos. El primero era el heredero, el segundo el sobrino, y el tercero aspiraba a un cargo importante como soldado, sacerdote, mago o administrador. ¿Y el cuarto? Pues, el cuarto estaba allí en caso de que alguna desgracia los extinguiera a todos. Enarion conocía a muchos niños talentosos en esa posición. Aunque lograsen ascender a altos cargos fuera de su familia, poco podrían mantener sus tierras propias. Doomwing, en cambio, tenía vastos territorios, aunque con pocos habitantes. Podría otorgarles esas tierras y que usaran sus habilidades para hacerlas prosperar. Tener a Antaria gobernando en su nombre le confería cierta legitimidad. También existían plebeyos que, por sus habilidades, tenían orígenes humildes que dificultaban su ascenso en un reino donde la sangre y la nobleza eran tan importantes. Un guerrero formidable podía romper esa tendencia — no era raro que miembros del guardia real plebeyos fuesen elevados a la nobleza menor —, pero ¿qué decir de un herrero hábil? Por muy talentoso que fuera, siempre sería visto como inferior a la nobleza, apenas un trabajador. Doomwing no pensaba así. "Sois iguales para mí," había dicho Doomwing a Enarion en una conversación sobre este tema. "¿Qué importancia tienen vuestros linajes insignificantes y bloodlines jóvenes para mí? Soy un dragón primordial. Lo único que importa es poder, sabiduría, conocimiento, valentía y astucia. Quiero a quienes puedan servirme bien. No me importa si sus padres fueron campesinos o reyes. Mejor aún, un hijo de campesinos puede convertirse en rey en el futuro." Aunque Enarion no lo expresaba con esas palabras tan crudas, compartía la opinión de Doomwing. Algunos de sus aliados más valiosos y leales eran comerciantes, hombres que habían ascendido no por sus estirpes, sino por su inteligencia, sabiduría y coraje. Además, muchos de los que causaban conflictos y servían a su hermano — y que ahora lo hacían con él — eran hijos menores de linajes mucho más grandes y poderosos. Al menos, esos grandes linajes estaban ya extintos. No podía dejar de imaginar qué pensarían algunos de ellos si viesan a sus descendientes actuales. ¿Y por qué su día era tan bueno? Porque Antaria había llegado... en un navío volador, acompañado de un nuevo rey enano coronado. La escena fue espectacular, y toda la ciudad salió a contemplar maravillada la nave en el cielo. Era una reliquia del pasado, restaurada con exquisito cuidado por artesanos especializados. La presencia de un rey enano con semejante tesoro en sus manos enriquecía la imagen de Enarion, especialmente cuando aquel rey le estrechó la mano con cordialidad. Todo fue cuidadosamente planeado, por supuesto, pues ambos — él y Harald — servían a Doomwing. Sin embargo, Enarion disfrutó mucho conversando con Harald y esperaba con interés seguir haciéndolo. Ambos tenían mucho que aprender y ganar el uno del otro. En cuanto a Antaria... Su sobrina había cambiado. O quizás no, quizá siempre fue así, solo que ahora esa faceta había quedado más al descubierto. En su niñez, soñaba con ser aventurera, enfrentarse a monstruos y convertirse en heroína. Esos sueños quedaron atrás al entender el peso de las acciones de su padre. Ahora, su objetivo era gobernar con justicia, traer paz y prosperidad al reino. Sin embargo, su cercanía con Doomwing parecía haberla transformado... o quizás solo le había permitido mostrar su verdadera naturaleza. Ya no respetaba las formalidades reales. Cuando el navío volador dejó caer a sus pasajeros en tierra, ella simplemente saltó y aterrizó con gracia. Ya no caminaba con la dignidad rígida de la princesa que casi toda su vida pasó en el castillo. Ahora se movía con la soltura de una guerrera, confiada en sus habilidades y entrenamiento. Miró con desdén a la guardia real, que anteayer estuvo a punto de acabar con ellos en una batalla feroz, y los consideró meros obstáculos. No por arrogancia, sino por aquella mirada aguda que mostraba

que comprendía perfectamente lo que podían hacer. Solo pensaba en que no le representaban una amenaza. Y en su interior, Enarion no podía esperar a verla luchar. Mañana comenzaría su primera pelea, y quería asegurarse de que ella entendiese el plan. Doomwing probablemente ya se lo había explicado, pero nunca está de más confirmarlo. La encontró en sus aposentos, conversando con la construcción mágica enviada por Doomwing para acompañarla, pues su cuerpo físico descansaba hasta el día siguiente. La criatura sería el centro de atención, así que él prefería reservar ese día para Harald y su nave voladora. Que los habitantes del reino vieran la calidad de los servidores de Doomwing. Mañana, al caer la noche, él mismo haría su aparición, recordando a traidores y conspiradores cuál sería su destino. — Buenas noches, tío. — Antaria se recostó de espaldas, sosteniendo en brazos a un mapache que suspiraba plácidamente, mientras ella le pasaba los dedos por el pelaje. Enarion casi pensó en que ese animal, si sus sentidos mágicos no fuesen tan agudos, podría parecer una simple criatura. — ¿Has venido para hablar de mis combates de mañana? — preguntó ella. — Sí. — Enarion sonrió. — Hay algunas personas con las que deberás enfrentarte. — Sonrió con lengua, resaltando más que una princesa, como una verdadera dragona. — ¿Y qué quieres decir con enfrentarte...? — Que intentarán acabar contigo, así que, si quieres, ocúpate de ellos como mejor te parezca, preferiblemente de forma definitiva. — Le entregó una lista. — Estos son sus nombres. No habría conseguido estos datos por mí mismo, pero sus esfuerzos por ocultarse fueron en vano con la magia de Doomwing. — Es una lista larga, — dijo Antaria, riendo con picardía. — Has hecho muchos enemigos, tío. — Lamentablemente, sí — comentó él, entre carcajadas. — Lo cual significa que lo estoy haciendo bien. — Por cierto, ¿cómo está tu familia? — preguntó ella. — ¿Están en la capital? — era una forma cortés de indagar si su posición era segura. Antes de que intentaran derrocar a su padre, envió a su esposa e hijos lejos, y si fracasaban, la familia se refugiaba en la frontera, en manos de comerciantes en quienes confiaba. — Lamentablemente, el clima en la capital no les favorece. Pero estoy seguro de que mejorará tras el torneo. — Su sonrisa esta vez no fue solo dentada, sino que mostró toda su ferocidad. — No temas, tío. Al finalizar el torneo, el buen tiempo será implacable. Hace mucho que no veo a mis primos, y seguro disfrutarán de la vida en la capital en cuanto pase la tormenta. — Hizo una pausa. — Aunque, quizás, algunos de ellos puedan ser útiles si se convencen de cambiar de actitud.

Lyra era la descendiente del más grande clan de asesinos que el reino había conocido jamás. Sus mortales artes habían sido transmitidas de madre a hija durante siglos. Desde el día en que pudo caminar, fue entrenada en todas las formas posibles en que una persona podía ser asesinada. Su madre no escatimó en gastos para perfeccionar su educación. Le proporcionó los mejores instructores y el equipo más fino, y la envió a misión tras misión para pulirla hasta convertirla en un instrumento perfecto de asesinato. El viejo rey temía tanto a su familia que había acordado un contrato permanente, prometiendo pagar cualquier suma que le ofrecieran por acabar con su vida. El nuevo rey, sin embargo, no había sido tan sabio. En lugar de ello, confiaba en su guardia real. Ciertamente que el clan aún no había conseguido éxito alguno, pero Lyra entró en el torneo para demostrarle la falacia de su estrategia. Su querida sobrina moriría gritando de dolor atroz y horrible, y su muerte serviría como advertencia a todos los que dudaran del poder de su clan. Teman a las sombras y a las dagas que en ellas habitan. Por su parte, la princesa no era nada especial. Ah, era lo suficientemente atractiva con su cabello oscuro y ojos violetas, pero ni siquiera vestía armadura. En su lugar, llevaba telas verdes y doradas, y su arma era una espada de madera. Era casi insultante. Pero si aquella niña insensata quería facilitar su existencia, Lyra no se quejaría. Sin embargo, Lyra no había llegado a ser la heredera de su clan por ser descuidada.

Cuando ella y la princesa entraron en la arena entre los vítores ensordecedores del público, ella extendió sus sentidos. Sus labios casi se curvaron en una sonrisa. No detectaba mucho poder en la princesa. Claramente, los rumores de su entrenamiento riguroso eran solo una invención para mejorar su imagen ante la gente sencilla y fácilmente engañable. En combate, sin embargo, esas mentiras se descubrían rápidamente. El árbitro las presentó ante la multitud y luego dio un paso atrás para dejarlas luchar. Técnicamente, estaba permitido matar, aunque ello era muy desaconsejado. Lyra acabaría con la princesa, y su clan, junto con sus aliados, asumirían las consecuencias. Miró hacia donde el rey Enarion estaba conversando con el rey enano. Ahora sonreía, pero no por mucho tiempo. —Entonces... —La princesa no se molestó en adoptar una postura, o quizás no sabía cómo hacerlo. No le sorprendería a Lyra si alguna princesa engreída no tuviera idea de cómo luchar. —¿Vas a quedarte allí parado o vas a hacer algo? Los ojos de Lyra se estrecharon. Ella sí haría algo, sin duda alguna. Mientras la princesa seguía allí, despreocupada, Lyra combinó varios hechizos de quinto nivel en sí misma. El mundo se ralentizó y adquirió una nitidez perfecta. Los gritos de la multitud quedaron en silencio, y todo desapareció salvo la oponente ante ella. La fuerza llenó sus extremidades, y se sintió tan ligera y ágil como una pluma. Un resplandor fantasmal y pálido rodeaba sus cuchillas, y sus pensamientos se dirigieron momentáneamente a las enseñanzas que había recibido para llegar hasta allí. Su clan había sido fundado hace siglos, cuando la familia de una mujer fue exterminada por sus oponentes políticos. Sin apoyo y llena de sed de venganza, la mujer buscó entrenamiento con una monja errante que compadeció de ella. Viajaron juntas durante quince años, aprendiendo todo lo que pudo de ella. Incluso descubrió que la monja había sido expulsada de su orden por usar las artes de la orden para acabar con los depredadores de los inocentes, rompiendo así su voto de no tomar ninguna vida. Desde entonces, la monja vagaba enseñando a quienes consideraba que podían aprovechar sus habilidades. La antepasada de Lyra vengó a su familia y fundó su propia estirpe. Al comprender el poder que le otorgaban sus habilidades, enseñó a sus hijas, quienes pasaron sus conocimientos a la siguiente generación, hasta que un clan de asesinos nació de ello. Vivían en las sombras, y ascendieron al poder con dardos en la oscuridad, venenos no detectados y planes que se cumplían. Nunca más serían víctimas de otros. Nunca más estarían a merced de nobles corruptos y gobernantes falibles. Casi lograron alcanzar la meta. La bisabuela casi logró casarse con el rey de entonces, pero una familia rival logró casar a su heredera con él en su lugar. La eliminaron en venganza, pero el daño ya estaba hecho. Nunca más llegaría a presentarse una oportunidad tan afortunada. Pero ahora, con el reino en crisis, se abría una nueva posibilidad. Los hechizos que usó en sí misma constituyeron los cimientos sólidos del estilo de lucha de su clan. Percepción aguda, fuerza y velocidad incomparables, armas inimaginablemente letales. Un experto en sus técnicas podría atravesar a una docena de guardias hábiles en un momento para alcanzar su objetivo o colarse entre las defensas más elaboradas para dar un golpe mortal. A los dieciséis años, Lyra dominaba estos hechizos y había demostrado su valía derrotando a varios de sus primos por el puesto de heredera. Su abuela la elogió antes de someterla a un entrenamiento infernal. Durante meses, los miembros de su clan la emboscaban para ponerla a prueba. No podían matarla ni dejarla inválida, pero sí podían herirla de manera agonizante. Lyra debía mantener los hechizos activos para sobrevivir. Y así lo hizo, logrando que su magia evolucionara, expandiendo su comprensión de las artes para el asesinato cada vez más, hasta estar finalmente preparada para dar el siguiente paso. Plantando firmemente los pies en el suelo, Lyra lanzó su capa al aire y se lanzó hacia la princesa en un destello de movimiento. Para su crédito, la princesa parecía capaz de seguir sus movimientos. ¿Un artefacto? ¿O tal vez un hechizo? Lo que fuera, no sería suficiente. Justo cuando la princesa se giró para enfrentarse a ella, Lyra activó las habilidades que le

permitieron mantener su puesto como heredera a pesar de los esfuerzos de sus primos: caminar entre las sombras y las ilusiones. Una copia espectral de ella apareció. Nunca resistiría un análisis minucioso, pues no era más que un contorno en sombra, pero era suficiente para atraer la atención. Al mismo tiempo, desapareció en las sombras proyectadas por su capa, emergiendo desde la sombra de la princesa, con sus cuchillas listas para atacar. Este era el pináculo de sus habilidades. La perfección física y perceptiva combinada con una ilusión para distraer al enemigo, seguida por el caminar entre sombras para atacar desde un ángulo totalmente inesperado y de una forma igualmente impredecible. Su victoria estaba garantizada. Su clan demostraría al rey lo tonto que era por desafiarles. — ¡PLAS! —El mundo de Lyra se transformó en un caos de dolor. Instintivamente, fue consciente de que rodaba fuera del cráter que había dejado en la pared de la arena, mientras sus cuchillas se escapaban de sus manos. Su esternón estaba roto, al igual que cada una de sus costillas. La última idea que cruzó por su mente antes de perder la consciencia, misericordiosamente, fue preguntarse qué había ocurrido.

Antaria bajó su puño, con la esperanza firme de que la muchacha asesina no estuviera realmente muerta. Como le había señalado a su tío y a Doomwing, contar con un grupo selecto de expertos en el arte del asesinato podía resultar útil más adelante, si lograban corregir sus malos hábitos. Sí, la traición probablemente sería un problema en algún momento, pero también había leído el informe de su tío acerca de ellas. El clan era estrictamente matriarcal y completamente obsesionado con el poder. De hecho, había incluso una cláusula que decía que la mujer más fuerte debía gobernar el clan. Era una perspectiva bastante extraña para un grupo de asesinos, pero también parecían un poco raros incluso para asesinos desde el principio. Eran bastante notorios por exhibir de manera ostentosa sus asesinatos y matar de forma dramática para dejar constancia de su poder. Doomwing había desdeñado esa actitud, señalando que los asesinos más inteligentes hacían que todo pareciera un accidente, para que nadie siquiera sospechara de su existencia. Lo más importante, la cláusula que indicaba que la más fuerte debía gobernar no especificaba que esa persona tuviera que haber nacido en el clan. Solo decía que la mujer más fuerte debería ser la que gobernara, asumiendo que esa mujer sería una miembro del clan. Bueno, Antaria estaba razonablemente segura de que podía derrotar a cualquiera en ese clan —y Doomwing estaba de acuerdo— así que, ¿por qué no tomar el control? Aparte de ser asesinas, podrían usarse como espías y guardaespaldas, recopilando información y protegiendo a su gente cuando viajaban fuera del territorio de Doomwing. Los monstruos eran más fuertes, pero no podía precisamente enviar a la madre loba a acompañar una caravana de comercio a una ciudad. El plan de la asesina tampoco era tan malo. La magia de mejora había sido un poco... poco impresionante, pero no es que ella supiera mucho al respecto. No todos tenían un dragón primordial con habilidades mágicas para enseñarles, y no todos estaban dispuestos a someterse al horror de la famosa modalidad de entrenamiento de ese dragón primordial. Según Doomwing, la mejor manera de aprender magia de mejora era usándola, y ello implicaba enfrentarse a su constructo o a un pequeño ejército de monstruos a diario. También era evidente que, aunque Lyra podía absorber magia de su entorno, su progreso era confuso y, francamente, un poco extraño. Los sentidos mejorados de Antaria le permitían detectar la magia en los demás, y el sistema circulatorio mágico de Lyra era un caos. Bueno, quizás eso no fuera del todo justo. Para sus sentidos, la mayoría de los sistemas circulatorios mágicos parecían bastante pésimos. Aparentemente, solo con entrenamiento dedicado del tipo correcto, el sistema circulatorio mágico de un humano podía llegar a parecer medianamente presentable para alguien capaz de percibirlo adecuadamente. Aún así, Lyra se movía tan rápido como cualquier miembro de la guardia real. Combinando eso con una ilusión y

luego caminando entre sombras, probablemente mataría a la mayoría de la gente. Pero los sentidos mágicos de Antaria podían distinguir fácilmente entre una ilusión y una persona real, permitiéndole mantener la pista a la asesina cuando entraba en las sombras. Filch, el mapache que caminaba entre las sombras, había pasado la mayor parte del viaje haciendo bromas a Antaria y siendo bastante molesto. Tenía tanta suerte de ser adorable y cuchi, pero sus travesuras la habían vuelto bastante habilidosa para rastrear a alguien que podía moverse entre las sombras, y Lyra no podía hacerlo tan fácil ni tan rápido como Filch. Al final, todo lo que Antaria necesitaba hacer era dar un paso a un lado, girarse y luego golpear. Por supuesto, quizás había subestimado un poco su poder, así que en lugar de simplemente dejar a Lyra inconsciente, la pulverizó en el pecho, pero confiaba en que el constructo de Doomwing pudiera arreglar eso. Y, con tantos miembros de alto rango del clan de Lyra en la ciudad para el torneo, no debería ser difícil para Antaria presentarse más tarde, golpeando a quien fuera necesario, para tomar el control.

La esclavitud era ilegal en el reino, pero existían maneras de evadir esa ley. La más común se llamaba "contratación por deuda", un sistema en el que alguien se veía obligado a trabajar por una mínima cantidad o incluso sin recibir pago alguno, para saldar una deuda. Las reformas del rey Enarion estaban diseñadas para acabar con esa práctica, pero eso era algo que ciertos individuos no podían aceptar. Matar al rey no era tarea sencilla, pero su sobrina había ingresado al torneo, lo que la convertía en un objetivo mucho más alcanzable. Foley había sido testigo del combate entre la princesa y la asesina. Había sido impresionante, pero no estaba preocupado. La joven asesina cometió el error de subestimar a la princesa, y pagó por ello. Ahora que la princesa había mostrado toda su fuerza, Foley no tendría problema en enfrentarse a ella. Cuando él y la princesa se colocaron en sus puestos en la arena, los vítores del público aumentaron de volumen. Nadie esperaba que la princesa destruyera a su oponente con tal brutalidad, y la plebe y la nobleza reunidas para ver el torneo estaban emocionadas ante la perspectiva de que un miembro de la realeza poseyera la fuerza de la que sus leyendas hablaban. Tontos. La princesa probablemente dependió de alguna combinación de magia y pociones para incrementar su poder. No era posible que creciera tan rápido solo así. Foley se preparó y apretó con firmeza su lanza. Era una obra maestra, forjada por enanos vinculados por contrato y cubierta con inscripciones enanas para mejorar su durabilidad y poder destructivo. Podía atravesar incluso la armadura más dura con facilidad y bloquear cualquier arma. Por supuesto, Foley no era tan ingenuo como para confiar solo en su arma. Era un espadachín excepcional, y había pasado toda su vida perfeccionando sus habilidades y desafiándose tanto a bestias como a hombres. Cuando empezó la pelea, se envolvió en magia de mejora y bebió tres pociones para potenciar aún más sus poderes. Relámpagos crepitaban alrededor de su lanza, mientras los amuletos que llevaba en el cuello amplificaban su afinidad con la magia del rayo, permitiéndole superar sus límites naturales y alcanzar niveles que solo los magos más poderosos del reino podían aspirar a conseguir. En lugar de lanzar el relámpago a la princesa, lo envolvió en su lanza, elevando su poder destructivo a niveles absurdos. —¿Terminaste? —preguntó la princesa—. ¿O piensas seguir potenciándote a ti misma y a tu arma? Bajó la voz. —¿Por qué no puedo tener una lanza de relámpagos? —murmuró—. Pero esa magia de cortar el alma a las dagas de antes también era buena... maldición. ¿Por qué mi magia no puede lucir así? Foley ignoró los comentarios de la princesa y se preparó en su postura. Comenzó a respirar lenta y uniformemente. Esta era una técnica que le había enseñado su instructor, un exgeneral de otro reino expulsado por arrasar con pueblos que se habían negado a entregar sus cosechas cuando su ejército pasaba. El general era un hombre amargado, pero le enseñó esta técnica a Foley después de que prometiera usarla para acabar con quienes le habían causado su

caída. Foley había cumplido su promesa, y el general murió con una sonrisa en el rostro. La técnica era sencilla en apariencia, pero increíblemente difícil en la ejecución. Entrenando sus sentidos al máximo, podía detectar pequeñas corrientes de magia en el entorno. Podía absorber esas corrientes y canalizarlas en sus hechizos de mejora, fortaleciéndolos aún más y logrando hazañas sobrehumanas de fuerza y velocidad. ¿Cómo debía hacerlo? No tenía sentido contenerse. La princesa se había preparado claramente para el torneo. Lo mejor era acabar con ella en un solo golpe. Sí. Cargar y luego lanzar una estocada recta con su lanza, a una velocidad que hacía imposible esquivarla, potenciada con tanta fuerza y relámpagos que intentar bloquear o defenderse sería una sentencia de muerte. A esta técnica la llamaba "Rayo Asesino", pues era como un relámpago que nunca fallaba en acabar con su oponente. Foley flexionó las rodillas y lanzó hacia adelante... justo cuando la princesa bajó la mano y recogió una piedra. No. Era un trozo de la pared de la arena que se había roto cuando ella golpeó a la asesina. La princesa sostuvo la piedra en la mano y luego— La piedra desapareció. Foley tropezó con las rodillas al ver cómo su lanza se le escapaba de las manos. —¿Qué...? —miró hacia abajo y vio un agujero en su pecho, del tamaño de una piedra. —¿Cómo...? —La princesa se le sonrió—. Me gustan las piedras. Con ellas puedes golpes en la cabeza, o lanzarlas. Quisiera haber llevado mi piedra favorita, pero Doomwing dijo que sería raro que entrara al arena con una piedra en lugar de una espada. En fin. Como dice uno de sus amigos, no hay problema que no se pueda resolver con la piedra adecuada.

Al salir el sol, el torneo llegaba a su fin por aquel día. Las competencias se reanudarían a la mañana siguiente. La multitud hablaba emocionada de la princesa que había convertido lo que parecía ser un torneo tremendamente difícil en una exhibición de fuerza y extravagancia. Ninguno de sus rivales hasta ahora había representado siquiera un desafío cercano, y algunos habían muerto de maneras que, francamente, parecían cómicas. ¿Una piedra? Foley, el de la Lanza Relámpago, era un mercenario legendario que a menudo actuaba como asesino. Era un secreto a voces que trabajaba para nobles y comerciantes que enriquecían sus arcas mediante lo que básicamente era esclavitud. Era considerado tan peligroso que solo los guerreros más destacados del reino tenían opción de enfrentarse a él. Y la princesa lo había asesinado con una piedra. Había destruido a sus demás oponentes, aunque fue sorprendentemente suave con algunos, permitiendo que hasta un joven noble se rindiera tras esquivar todos sus ataques durante unos minutos. El joven hizo una buena actuación, demostrando que poseía magia poderosa y destreza con la espada, aunque nada de eso había sido suficiente contra la princesa. Otro contendiente simplemente se rindió al ser llamado a la arena, temeroso de humillarse. Por su parte, la princesa ni siquiera usó su espada, confiando en golpes, patadas y restos de escombros para salir airosa. Pero el día tenía una última sorpresa. Al sonar las campanas de los templos de la ciudad, anunciando la hora, apareció un dragón, cuyas escamas de rubí y zafiro brillaban bajo el sol poniente. Era enorme, tanto que su presencia hacía que la gente común y la nobleza se detuvieran, entre asombro y terror. Era Doomwing, el dragón al que su rey había jurado lealtad, y aparentemente había venido a disfrutar del ambiente del torneo. El gran dragón recorrió la ciudad dos veces en círculo, y pese al miedo que infundía, casi nadie apartaba la vista de su magnificencia. Los nobles gustaban de vestirse con galas y mostrar su poder, pero ninguna joya o tela podía compararse a las escamas del dragón, ni su magia, que momentáneamente cubrió el cielo con un brillo brillante, tornándolo día en penumbra. El dragón elogiaba a los participantes del torneo, los alentaba a dar lo mejor en los próximos días. Al despedirse, se alejó volando del ciudad, dirigiéndose al vasto lago. Era como una isla viviente, y las embarcaciones en el lago rápidamente lo alejaron, temiendo que su fuego pudiera alcanzarlos. Sin embargo, los más sabios no temían. Si

quisiera, ya los habría acabado.

Doomwing levantó la mirada. Era pasada la medianoche, y acababa de crear una ilusión. Era algo pequeño, pero su destreza en el tejido era realmente impresionante. Un dragón menor podría ser engañado fácilmente, y un observador menos experto en magia podría no haberlo notado. Pero él era Doomwing, y conocía esa magia como la palma de su garra. Una figura solitaria caminaba sobre las aguas del lago hacia él, oculta a todos menos a su visión, con una presencia tan bien disimulada que sus pasos no dejaban ni una onda en la superficie. Nueve colas doradas se movían en la brisa, y unos ojos verdes penetrantes lo miraron por primera vez en casi mil años. —Buenas noches, tío Doomwing —dijo Hikari. Él la observó por un largo momento. Había crecido mucho desde la última vez que hablaron. Dreamsong había hecho un trabajo digno con su entrenamiento. Aunque todavía no podía compararse con Kagami —incluso antes de su locura—, su poder tenía una nitidez que Kagami nunca había tenido. —Ha pasado tiempo, Hikari —respondió Doomwing—, y ya no es buena noche. Es buena mañana. Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Solías decirme eso cuando salía corriendo de la cama para molestarte y que me contaras otra historia. —¿Sigues recordando esas historias? —preguntó él—. Y las lecciones que contenían. —Las recuerdo todas —respondió Hikari, acomodándose en el agua, con sus colas extendidas como lenguas de fuego dorado—. ¿Me contarías más si te lo pidiera? —Quizá —dijo Doomwing, observándola—. La inocente y dudosa muchacha ya no está. En su lugar hay una gobernante. —¿Hay alguna que quisieras escuchar? —La historia del sabio y el general —contestó Hikari—. Porque trata sobre dos viejos amigos que se reúnen otra vez. —¿Eso somos tú y yo? —Eso quiero que seamos, si tú me lo permites.